

PRECIO EN MADRID.

(Lo mismo en la Administracion que en las librerías.)
Por un mes. 4 reales.
Por tres id. 11 »
Por un año. 40 »

La suscripcion empieza en 1.º y 15 de cada mes.

Número suelto 4 cuartos en toda la Peninsula.

Pago al pedir la suscripcion. La correspondencia al ADMINISTRADOR DE GIL BLAS.

Director: ROBERTO ROBERT.



PRECIO EN PROVINCIAS.

Por tres meses en la Admon. . . 15 reales.
Por seis id. 28 »
Por un año. 50 »
EXTRANJERO.—Por tres meses. . . . 30 »
ULTRAMAR.—Un año. 6 pesos.

Se publica dos veces á la semana, jueves y domingos.

Administracion y Redaccion, Huertas, 82, pral.

Toda suscripcion de provincias hecha por comisionado costará dos reales más.

Dibujante: JOSE LUIS PELLICER.

Crónica.

Las noticias del viaje régio brotan á fuertes chorros de telégramas é impresos y culebrean por entre las columnas de los periódicos, salpicándolo todo de lentejuelas.

El rey ha regalado ya las consabidas petacas á los toreros. No desconfiamos de que adopte el consabido huérfano y conceda el consabido terreno y enjague las consabidas lágrimas, estereotipado todo en las crónicas de semejantes viajes.

El entusiasmo raya en frenesí en la mayor parte de las gacetillas narradoras del fausto paseo, y el ardor frenético del entusiasmo contrasta poéticamente con la melancólica tranquilidad con que se verifica la entrega de quintos.

Y el contagio del entusiasmo se ha extendido á unos incautos carlistas, que en Orozco salieron dias pasados á echar una cana al aire gritando ¡viva Carlos VII! á tiempo que sus sesudos jefes se acogian á la milésima amnistía, y que los candorosos conductores de carros de armas se dejaban sorprender, prender y reprender por su torpeza.

Parece que pagamos 6.000 duros anuales para que el papa pueda tener un embajador en España, y otra cantidad no despreciable para que nos consienta á nosotros tener un embajador en Roma.

Ese absurdo gasto de los 6.000 duros fué combatido en las Constituyentes por los republicanos ya en la comision de presupuestos. Los no republicanos lo defendieron con toda la pasion con que se defienden los absurdos, y hoy se anuncia que ellos mismos proponen que se haga esa economía.

Con esto ha sucedido como con el trono anterior. Nos deslomaban los monárquicos porque lo combatíamos, y al fin se jactan ahora de haberlo derribado ellos.

¿Quién sabe si con el actual sucederá lo mismo? Guardada está la respuesta en los arcanos del Omnipotente, que no es el partido progresista.

En Valencia se ha desistido de iluminar; se ha desistido de no silbar; se ha desistido de cazar en la Albufera, y se ha desistido de atribuir al petróleo internacional la chamusquina que la víspera de la régia visita hubo en la puerta del palacio de Cervellon.

En Paris se ha desistido de la guerra interfamiliar que se hacian los Borbones.

Unidos y compactos los que tratan allí de nuestro porvenir, acordaron casar á D. Alfonso con su prima, hacerle rey de España, y hacerlo cuanto antes, á fin de que pueda reinar ocho años siendo de menor

edad, para que de este modo pueda ser regente del reino durante ese tiempo el diputado D. Antonio de Borbon.

El españolismo del duque de Montpensier no podia tener otro modo de manifestarse.

Y el ingenio borbónico tampoco. Tienen su plan ya preparado como el del personaje del soneto:

«Supongamos que al rey las vueltas cojo; supongamos que le hago prisionero.»

Catorce versos le faltan que andar al duque de Montpensier para llegar á ser regente de España, y padre de reina, y suegro de rey.

Me parece que se contentará con haber sido hijo de rey transitorio, desterrado por su cuñada, explotado por un centenar de súbditos más ladinos que él, y yo en su lugar empezaria desde ahora á poner en verso, como si ya hubiese sucedido, lo que desea que le suceda, con lo cual pasaria entretenido unos cuantos años ahorrándose dinero y quebraderos de cabeza, lejos de peligros y habiendo ocupado una buena parte de su vida en un pasatiempo tan lícito y honesto como es la versificacion de príncipes.

Me dicen que los carlistas desisten por completo de su movimiento... Desisto de proseguir.

Roberto Robert.

NTRA. SRA. DEL CRONÓMETRO.

Entre los pliegues literarios de una carta de Valencia que publica un periódico de Madrid, ha aparecido ligeramente descrita una escena conmovedora que en estos tiempos de prosa y democracia vale un Perú.

Es el caso que pasando D. Amadeo montado en su brioso alazan (siendo alazan, ¿dejaría de ser brioso?), pasando, repito, por la plaza de la Constitución, se apeó del régio bruto, entró en la capilla de la Señora de los Desamparados, oró, y al salir (¡ténme, Fábio, que desfallezco!), al salir entregó el reloj, que es lo que más á mano llevaba, dejándosele á la Virgen como una memoria, como un recuerdo de familia, digámoslo así.

Calcule ahora el lector aficionado á cálculos los poéticos pormenores que habrán acompañado á esta delicada escena, la conmocion de los circunstantes, el asombro de los que hayan tenido noticia del suceso, y así por el estilo.

Hay quien opina, sin embargo, que el hecho, impremeditado de por sí, puede traer graves consecuencias y ocasionar no pocos disturbios entre los dioses de la mitología católica.

Lo de ménos sería que hubiera llegado el tiempo en que las vírgenes usaran reloj, si el uso se extendiera á todas; pero es lo que se dirán las demás vírgenes al oido: ¿quién resiste á la Virgen de los Des-

amparados, si desde que gasta reloj ha echado un fuero...?

Y aunque no digan tal cosa, señor, ¿dejarán de ver las otras vírgenes en la de los Desamparados una aristócrata? ¿Dejarán de reconcomerse al verla sacar en ciertas solemnidades el cronómetro con brillantes y todo? ¡Y que no se dará ella lustre! A cada momento creará escuchar el ¿qué hora es? y aunque no sea más que por ver rabiarse á los santos sus convencinos, estará todo el dia con el reloj en la mano; como chico con zapatitos nuevos.

¡Oh! si no fuera por este pequeño inconveniente, único que algunos le encuentran, ya sería la cosa digna de elogio ¡ya!

Porque, bien mirado, la Iglesia atraviesa una época azarosa, y encontrarse una Virgen así de bóbilis, bóbilis con un cronómetro que tiene diamantes y una cadena que tiene perlas, ¡vamos, es una mina!

No hay sino pensar en que llega un dia de apuros, que en todas las casas los suele haber; ¿de qué echa mano la Virgen? ¡Oh, del reloj que la regaló tal dia D. Amadeo! Y se pule, ¿qué remedio?

Luego que, teniendo reloj, se puede introducir novedad en los milagros, como por ejemplo, que sin darle cuerda ande toda la vida, ó que se oiga de noche cantar la hora á la Virgen, ó que se pierda el reloj y aparezca, milagrosamente en el bolsillo de un clérigo (que milagros mayores se han visto). En fin, el milagro se espera y... vendrá. La monarquía le necesita.

Por otra parte, ¿qué va á ganar D. Amadeo con haberse desprendido de esa joya? Porque no hay que esperar gracia del cielo, puesto que está ahí Pio IX que intercepará las comunicaciones, que negará indulgencias, etc. Si le hubieran dado el reloj á él, ¡ya era otra cosa!

Y... ¡mucho ojo! no sea que resentido D. Pio IX recoja sus poderes á la Virgen de los Desamparados por haber acetado el osequio sin consultar con él. Es muy capaz de ello.

En cuanto al acto, ha debido ser conmovedor. ¿Qué ojo echarán al reloj los maestros de escuela que visiten en lo sucesivo á la Virgen!

Tocante al donativo, como espontáneo y de la voluntad del que le ha hecho, no es susceptible de censura.

Lo único que se le ha ocurrido advertir á un amigo mio al saberlo, es que si D. Amadeo va regalando á los santos que encuentre prendas de su uso, ¿cómo va á regresar á Madrid de su expedicion? Sin pizca de ropas ó alhajas, porque ya se sabe: la casaca al Cristo de la Seo, la espada á la Virgen del Pilar, el ros... á cualquiera.

Y aun así, ¡verá Vd. como no hay para todos!

M. Matoses.

NUBECILLAS, NUBES, NUBARRONES.

¿Ni qué cielo azul se mira sin el crespon de una nube? (M. Zapata.)

Es triste cosa ciertamente que no hayamos de tener felicidad completa en este mundo: las más intensas alegrías, las mayores satisfacciones amárganse

siempre por algun pesar importuno, poderoso á veces hasta para trastornar nuestro espíritu.

Vaya un ejemplo.

Viaja por sus nuevos dominios D. Amadeo, fundador de una dinastía cuyos descendientes serán por los siglos de los siglos honra y prez del trono español—si Dios quiere—camina de triunfo en triunfo; las manifestaciones de entusiasmo, tan espontáneas como de real orden se habia prevenido, se suceden unas á otras sin interrupcion; pueblos enteros acuden á las estaciones del tránsito, y los vítores y las aclamaciones pueblan la atmósfera y son llevadas en alas del viento de uno á otro confin de la monarquía; D. Amadeo y su comitiva son constantemente arrebatados por muchedumbres inmensas, siempre renovadas, que se los disputan con empeño, y ellos marchan de sorpresa en sorpresa mirando desenvolverse á sus ojos horizontes cada vez más brillantes: si el que en pos dejaron pareció á su ánimo un paraíso, el que se presenta delante parece dos.

Pues bien: con ser esto así, como en efecto lo es, y si no, ahí están los telégramas del ministro de la Guerra, que no me dejarán mentir, todavía se descubren de vez en cuando en tan hermoso cielo nubecillas indiscretas que, sin respeto á la majestad real y á las venerandas instituciones, pretenden tal vez simbolizar lo efímero de las humanas dichas, lo incompleto de los placeres mundanales.

Paréceme que esas nubes, reos inconscientes de desacato, deberian ser entregadas á los tribunales; pues que, ¿así, sin más ni más, puede permitirse cualquier nubarrón plebeyo y mal nacido, molestar la vista de un monarca, producir disgusto en su régio ánimo? ¿Qué significaba entonces la inviolabilidad?

Ello, bien mirado, las nubes á que me refiero no tienen importancia, eso no; pero, vamos, sería mejor que no existiesen: amen de que lo de no tener importancia es relativo; tal cosa hay que no la tendría para un simple mortal, y tratándose de un representante de Dios adquiere magnitud gigantesca.

Prescindo ahora de los disgustos que en Albacete pudo haber entre individuos de la misma comitiva, dos de los cuales parece que hubieron de decirse palabras inconvenientes; que fué falta gravísima y gran irreverencia: prescindo también de si en Valencia aparecieron pasquines, satisfacción ruin de algun descontento, porque al cabo el pasquin desapareció luego, y aun podría suponerse una invención para mentir celo; pero de lo que no puede prescindirse es de que la gente de Valencia, trabajadores en su mayor parte, continuasen el día de la entrada de Amadeo entregados á sus ordinarias tareas.

Esto es... es... vamos, que no puede justificarse.

Que en la calle del Reloj Viejo se fijase un pasquin, pase; pero que los trabajadores no celebrasen con huelga general acontecimiento tan fausto y que tanto les honraba, merece toda mi reprobacion, y con la mia, la de cuantos alguna vez han probado las íntimas delectaciones del amor monárquico.

Algo mejor que los trabajadores se condujo con el viajero la Tertulia progresista, bien que los progresistas de Valencia, como los de todas partes, deben de ser muy buenas personas y hombres muy de bien y obsequiosos: allá discurrieron dar una serenata de bandurrias á su huésped, y aunque despues desistieron de ello, la intencion ya estaba conocida; también se proyectó celebrar una cacería en la Albufera, y por último, hubo necesidad de renunciar también á esta fiesta, de suerte que los progresistas valencianos no han realizado nada; pero al cabo han pensado, nótese bien esto, han pensado; no sé yo si los de otra parte hubieran podido hacer lo mismo.

Esto significa que, á pesar de cuanto digan los impíos y descreídos, son todavía posibles los milagros.

Y hablando de nubes, ¿quién no se acuerda de *El Volante*, hoja republicana que en Zaragoza ha precedido á D. Amadeo? es triste esto: y aun hay quien finge tentativas de incendio y quien sostiene que se ha proyectado quemar con petróleo el palacio de Cervellon: ¿para qué acudir á esas falsedades si es tan notorio y tan general el entusiasmo?

No me lo explico.

A. Sanchez Perez.

PARALELO.

Bien mirado, el asunto de la presidencia de las Cortes merece pensarse mucho, porque eso de entre-

gar á un cualquiera el segundo puesto de la nacion... ¡vamos, que es asunto delicado!

Por eso no hay que extrañar que la prensa de estos dias continúe examinando cuidadosamente las cualidades de los dos individuos que aparecen como candidatos al sillón presidencial: Rivero y Sagasta.

Entre los dos preciso es decidirse por uno, y yo, ¿qué quieren Vds. que les diga? prefiero á Sagasta.

No solo le prefiero, sino que parece como que me hace daño que le pongan en parangon con Rivero; ¡ya quisiera él...!

Sagasta ¡qué demonio! es un hombre de energía; ha sido ministro con todo el mundo, conoce el peso en toneladas de los derechos individuales, sabe lanzar fuera de la ley al partido que se le antoja, y... en fin, ¡es otra cosa!

No hay sino acordarse de que un diputado le anunciaba un día una interpelacion acerca de la conducta de un señor gobernador, y respondió: «Ignoro la conducta de ese señor gobernador, pero estoy dispuesto á contestar á lo que se me pregunte acerca de esa misma conducta.»

No, lo que es entre Rivero y Sagasta no hay comparacion posible, ¡ni puede haberla!

¿Quién se acuerda de Rivero? Nadie. ¿Y de Sagasta? ¡Oh! Coja Vd. los periódicos y verá lo que es popularidad. ¡Cómo que *La Correspondencia* ha aumentado su tirada desde que publica cuotidianamente cuatro sueltos contra la *Internacional* y otros cuatro en pró de Sagasta!

¡Bah, pues digo si hay diferencia! ¿Green Vds. que con Sagasta valdrá ninguna de esas triquiñuelas del derecho á hablar, ni del artículo tantos del reglamento? ¡Quiá, no señor! Quien Sagasta quiera que hable, hablará; y al que no quiera dejarle hablar, ¡que perdome por Dios!

Además de que una vida llena de servicios en pró de su país y de su independencia algun premio merece; ¡y qué premio mejor que el de la presidencia de las Cortes! ¡Qué aguinaldo más en carácter!

Porque por la presidencia del Congreso se va á... todas partes, ó á la embajada de París, ó á la presidencia del Consejo. La embajada es usufructo tradicional de D. Salustiano; la presidencia del Congreso... es la que precisamente conviene á Sagasta.

Y, dígame lo que se quiera, con Sagasta de presidente de las Cortes se habian de evitar ciertos abusos y ciertos excesos.

Sagasta, por otra parte, es hombre peligroso y hay que tenerle contento, porque él es el dueño de la Tertulia, él domina las masas, él recibe por esos mundos cada ovacion!...

Así es que comparado con Rivero... ¿Se quiere usted callar? Pero, hombre, si Rivero...

Mire Vd., lo que es á los republicanos lo mismo nos da; pero siempre se observa en Sagasta criterio más democrático; él es más amante del progreso. ¡Uff, ya lo creo!

¡Sagasta! ¡Pues si se pone uno á hablar de Sagasta no se le ve el fin á la conversacion de placer que da hablar de ese hombre!

¡Rivero! ¿Quiere Vd. saber la historia de Rivero? Pues puede resumirse en dos palabras: «Se vendió.»

Luego, que Rivero es gordo, y esta circunstancia es de peso. ¿Se atreverá alguno á negarlo?

Además de que las próximas sesiones se dice serán rudas, y es preciso que haya un presidente de *mucha fuerza en el puño y albelitrenca.*

Por eso tiene razon *La Prensa*, que dice que ningún diputado está dispuesto á dar su voto á Rivero. ¿Y cómo?

¡Bah, bah! entre Rivero y Sagasta... ¡no quiero ocultar mi opinion! Sagasta ¡caramba! y el que venga detrás que arree.

LAMELA.

PREGUNTO (?)... RESPONDO (!)...

I.

Dígame, Sr. de *Uno*, y no lo tome á mal, por su vida, ¿es Vd. muy amigo de los ingenieros?

Lo digo porque, la verdad, la lectura de un artículo suyo relativo á la reforma llevada á cabo en el Cuerpo de ingenieros civiles ha producido en mi ánimo desagradable sorpresa.

¿Cómo se entiende? ¡Un republicano defendiendo

cuerpos privilegiados! Nunca lo hubiera creído, todavía no acabo de creerlo.

Harto conocida me es la situacion de los federales, que ni se entienden en política, ni en economía, ni en nada; pero, vamos, crea yo que cuando ménos en lo de reclamar reformas y economías estarían de acuerdo todos: no es así, por lo visto; pues están ustedes frescos.

Réstame todavía la esperanza de que Vd. se haya equivocado ó bien haya procedido de ligero, y si es así, no tenga inconveniente en confesarlo, que yo, en nombre de muchas personas imparciales, le prometo la absolucion; que mayor mérito contrae quien, convencido de su error, lo confiesa y se arrepiente, que quien, despues de conocido, persevera en él.

La reforma en el Cuerpo de ingenieros civiles era necesaria, y obedece á un plan general de gobierno: como reforma, merece aplausos; como medio de realzar economías, merece gratitud.

¿Se han perjudicado algunos intereses particulares? Y dígame Vd., amigo mio, ¿qué reforma no irroga algun perjuicio? Pues qué, ¿la revolucion de Setiembre, pongo por ejemplo, al derribar á Isabel de Borbon, no ocasionó daños y destruyó intereses creados á su sombra? Bueno habria sido entonces decir á los revolucionarios: «¡Deteneos, que olvidais y atropellais derechos adquiridos!»

Querria yo saber si los federales que piensan como Vd., amigo *Uno*, renunciarían á sus anheladas reformas si una vez establecida la república (*¡y espérela Vd. un poco!*) echasen de ver que su planteamiento destruía derechos adquiridos.

¡Ay! Permita Vd. que lamente sus extravíos.

¡Ay, otra vez!

OTRO.

II.

Tengo para mí, Sr. de *Otro*, que ha de ser Vd. muy pusilánime y *para-poco*, cuando de tal manera se asusta por una cosa sencillísima.

Lo único lamentable que hay aquí es la confusion en que Vd. se halla; sin esto, ¿cómo habia de ver contradiccion entre mi conducta y mis principios, contradiccion que sólo en su mente, no del todo sana, y Vd. perdone, existe, amigo mio?

¡Economías! ¿Quién no las pide? ¡Reformas! ¿Quién no las desea? Pero el toque está, no ya sólo en reducir gastos y separar empleados, que esto cualquiera podría hacerlo, sino en que ni por aquella reduccion ni por estas separaciones se resienta el servicio, y esto es lo que ofrece alguna dificultad y debe no hacerse sin haberlo pensado mucho.

De otra manera vendremos á parar á las economías de aquel abogado que despidió á sus escribientes y empleaba en copiar sus minutos el tiempo que, con mayor utilidad, hubiera podido emplear en estudiar nuevos asuntos.

Comprendo bien que fuesen convenientes y aun necesarias algunas modificaciones en los Cuerpos de ingenieros; pero—perdone Vd. mi torpeza—no concibo que, así en Caminos, como en Minas, como en Montes, sobre justamente *la mitad* de los ingenieros; ni uno más, ni uno ménos: ¡extraña casualidad!

Y es que yo ignoraba que las reformas se hicieran de este modo: descubrimiento muy reciente debe de ser este de hacer las reducciones de gastos por mitades.

Ya veo que, cuando no otra cosa, el método es sencillo: trazo una línea recta en la lista de los empleados; aquellos cuyos nombres queden sobre la recta continúan en sus cargos, y los que queden por debajo se declaran cesantes.

Procedimiento que, lo confieso francamente, tiene el mérito de la brevedad y hace innecesarios estudios detenidos y otras garrambainas que los ignorantes creen precisas para llevar á cabo cualquier reforma.

Las consideraciones de Vd. sobre los derechos adquiridos podrán tener gracia—bien que yo no la encuentro—pero son impertinentes: aquí no se trataba de lo que harían los federales, cuando hagan, sino de lo que los monárquicos están haciendo: las cuestiones son, por consiguiente, si Vd. no se opone, y aunque se opusiera, completamente distintas.

Con más espacio y con más tiempo daré á Vd. sobre el asunto datos curiosos; por el pronto creo suficiente que conozca uno.

En España... en la católica España... aquí, donde pagamos *doscientos millones de religion*, se destinan *cinco reales ¡¡cinco!!* á la conservacion de cada kilómetro de carretera.

ACTUALIDADES.

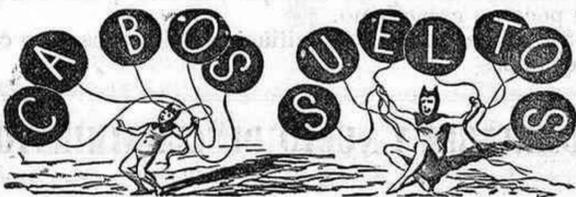


Esperando el día 10, según se dice.

Economías hay en esto, no lo dudo: pasarán *cien años*, y cada kilómetro de carretera nos habrá proporcionado 500 rs.; con más, la ventaja de que ya no existirán las carreteras.

Estas y otras consideraciones, aun más curiosas, debería Vd. haber tenido presentes, amigo *Otro*, antes de dirigir infundados cargos á

UNO.



El *Jurado federal* dió cuenta el viernes en los términos más sentidos, de que nuestro amigo y director Roberto Robert y el diputado á Cortes Domingo Ocon se habian separado de la redacción del apreciable colega.

Efectivamente, Roberto Robert, además de la dirección de *Gil Blas* y de los muchos artículos que escribe para varios periódicos, está escribiendo dos libros que han de salir á luz en breve tiempo, y ni ha podido ni puede disponer de un minuto para contribuir á la redacción del estimable colega.

Y Domingo Ocon, nuestro amigo, tanto por vivir fuera de Madrid, como por la necesidad de consagrarse á las tareas del Parlamento y á los intereses de sus electores, tampoco puede auxiliar á nuestros amigos de *El Jurado federal*.

Uno y otro conservan el mayor afecto al citado colega y agradecen en el alma la distinción de que fueron objeto al ser incluidos en la lista de sus redactores.

El Sr. D. Pedro J. Moreno Rodriguez (Arcos de la Frontera) nos escribe que en todo el mes de agosto no ha recibido ningun número del *Gil Blas*, y en todo el mes de setiembre sólo ha recibido los números correspondientes á los días 20 y 24 del anterior.

Le hemos hecho segunda remesa de los números que reclama, con dirección á su nombre: A. M. A.—Jerez de la Frontera, Arcos de la Frontera, según costumbre.

El Sr. D. Eduardo de Rivas (Sevilla) no ha recibido nuestro número 399, y recibe siempre con retraso los que llegan á sus manos, y sin culpa nuestra ni suya gasta en cartas y sellos el doble de lo que le cuesta la suscripción.

Segun la faja impresa que dicho señor nos devuelve, para ir el *Gil Blas* de Madrid á Sevilla ha tenido que pasar por Huelva, cuyo sello de Correos así lo manifiesta.

No decimos más.

Y veo que el amigo Frontaura expone que dos paquetes de su revista infantil, que iban dirigidos á Barcelona, remitidos el 29 de mayo, no han llegado á su destino.

Cubrámonos el rostro... pero sin llorar.

Supongamos que la *Internacional* se propusiera abolir la religion, la propiedad y la familia.

¿De qué se escandalizan los cristianos?

Cristo vino á derrocar, y derrocó la religion del Estado y todas las que no aceptára libremente el individuo.

Cristo predicó la abolición de la propiedad, y se le adherieron los primeros apóstoles, renunciando á sus bienes terrestres.

Los sacerdotes de Cristo han renunciado á la familia, despues de haber estado casados durante largos siglos, y si todos fuéramos clérigos católicos no habria familia.

Pues demonios, ¿de qué os quejais, si la *Internacional* no va más allá?

Los oficiales de la Guardia real insisten, según se dice, en hacer dimision.

A cada uno lo suyo: tienen razon sobrada.

Yo sentiré que se la acepten, porque disuelto el cuerpo, ¿qué íbamos á hacer con los uniformes?

¡Diablo de contratiempo!

Las hambres de los maestros de escuela se han convertido en crónicas.

Muchos ayuntamientos se niegan á pagarles.

Vamos á ver, ¿y quién les pagará?

Por supuesto que los concejales que se niegan á pagar á los maestros son hombres muy de orden, ciudadanos honrados, y que el que ménos maldice de La Internacional tres ó cuatro veces al día.

Esos.

El príncipe Humberto ha hecho mal viaje, según dicen.

Traia un fin particular á España y llevaba intención de terminarlo en Portugal.

En España nada ha conseguido; pero lo que es en Portugal, tampoco.

¡Pobre príncipe: tan sério y ya tan desgraciado!

El otro día se vió salir un hombre por la boca de una alcantarilla.

Por supuesto que no le cogieron: quién sabe si saldría por allí á dar una vuelta.

La *Iberia* afirma que un concejal republicano, de no sabe qué pueblo, dijo á Amadeo que Prim habia ungido al monarca con su sangre y los republicanos le habian elegido.

Pues, una de dos:

O mintió el concejal,

O engañaron al corresponsal.



La reina Isabel.
La duquesa de Toledo.
El conde de Balsain.
El duque de Madrid.
El patriarca de las Indias.
El arzobispo de Trajanópolis.
Todos estos nombres representan cosas que no existen.
¡Y dicen luego que la nada no puede concebirse!

El *Eco del Progreso* echa de menos la vicaría eclesiástica.
Bien puede ser. Hay mujeres que sólo aman al hombre que las da de palos.

«No es cierto que se trate de suprimir la capitania general de Canarias...»
¡Ni otra alguna!
Ni es cierto que se vaya a suprimir la menor catedral.
Podrá suprimirse del todo el sentido comun; pero una capitania general... una catedral...
Escatimarnos supersticiones y palos... ¡No en días monárquicos!

El teatro de Catalina, el de la Ópera, el de Arderius, el de Variedades, el de la Zarzuela y tal vez algun otro ya han declarado al público su atrevido pensamiento y el cómo y el qué de sus precios, actores y funciones.
¡Ojalá en todos los teatros sérios veamos obras en que el sentimiento, la pasión, las costumbres y el idioma sean verdad!

Se hace activa propaganda en Italia á favor del poder temporal del Papa.
Ya tiene algun destino el dinero de San Pedro.
Vean Vds. una agitación que pagan unos cuantos bobos derramados por todo el orbe católico.

Hemos tenido la satisfacción de abrazar fuera de la cárcel al joven director del periódico satírico *Pirabegue*.
Tenia sus agujetas, su gordura ficticia, y todo lo correspondiente al que ha pasado seis meses en la cárcel.
Le faltaba sólo el arrepentimiento, que cede generosamente á los ministros perseguidores de impresos.

El corresponsal de *La Iberia* dice que en algunos puntos los republicanos han acogido al rey con entusiasmo.
¿Sí?
Pues que se fie.

La Esperanza advierte que en los trenes que con rebaja de precio salen á veces para el Escorial, San Sebastian y otros puntos, suelen introducirse rateros entre la mucha gente.
Protestamos contra esa parcialidad del colega, que perjudica á los dignos rateros de ferro-carril, con beneficio de los demás.
La verdad es que, donde hay muchedumbre, hay bobos, y á donde quiera que hay bobos, van los rateros.

En mercados, en iglesias, en teatros, en los corros de músicos ambulantes, en todo Madrid abundan los rateros. Donde escasean, proporcionalmente, es en la cárcel.

El jefe del personal de Ultramar se llama Prieto y Prieto.
Es un ingenioso nombramiento para halagar á los negros.

El Kedive de Egipto pagará sesenta mil francos por cuatro meses al tenor Fraschini. ¡Ya se ve! tiene el capricho de oír á toda costa la última ópera de Verdi.

A mí—qué quiere Vd.—me gustan estos gobiernos en que el jefe paga lo que quiere, como quiere y lo que quiere, sin dar á nadie cuentas.
Esto es gobernar; lo demás es pamplina.

El teatro Nacional de la Ópera, nos anuncia obras de Mozart, Meyerbeer, Rossini, Gounod, Mercadante, Donizetti, Paccini, Halevy y Verdi.
Ojalá no se nos vuelva todo *Traviatta* y *Ballo in maschera*.

No hagamos la del Tiri con sus toros, que quedaron reducidos á genéricos cornúpetas.
En policía, en moneda, en billetes, en sellos, en viajes de recreo, en leche vista ordeñar, en agua de cebada y en otras frioleras somos engañados: ¡a lo menos que sea verdad el cartel de la empresa lírica italiana!

«Para ser jurado (dice un periódico) se exigirán condiciones de capacidad.»
Oígame Vd. dos palabras.
Vd. no puede exigir del gobierno que le dé instrucción; por consiguiente, comete Vd. torpezas, y por torpe es juzgado y condenado.
Y por torpe también queda Vd. privado de juzgar á los demás.
Ahora diga Vd. si no vivimos bajo la organización social más perfecta.

Para combatir al socialismo han discurrido unos coruñeses fundar escuelas y establecer cajas de ahorros para los operarios.
Me parece que en cuanto las escuelas den sus frutos y los operarios puedan ahorrar algo...
Entonces será ella.

También el *Gil Blas* puede jactarse de haber adelantado noticias á sus lectores.
Al pié de nuestra caricatura del día 7, repartida el 6, representando la partida de la régia comitiva, decía Pellicer «...La muchedumbre era inmensa... el entusiasmo indescriptible...»
Ahora bien: el día 7 á las doce y quince minutos del mediodía, se recibió de Valencia un telegrama que publicó *La Correspondencia*, y en él se lee: «*La inmensa concurrencia* que estaba agolpada á las calles del tránsito, hasta la estación, aclamaba á S. M. con *entusiasmo indescriptible*.»
A pesar de los crecidos gastos y laboriosos esfuerzos que nos cuesta el profetizar tan exactamente, no por esto aumentaremos los precios de suscripción.

El gobierno se duerme y debería abrir tanto ojo. No dirá que no le avisamos con tiempo.
La Internacional lo invade todo. En la calle de San Bernardo existe un colegio Internacional que con el tiempo puede dar grandes disgustos á las beatas.

Dicen los diarios ministeriales que lo de ¡viva el rey radical! fué una invención.
Y que no hubo vivas ni nada.
Me parece creible.

La Correspondencia dice que no hay nada aun sobre el decanato de Medicina.
Pero el no haber nada aun, ya es haber algo.

Y reflexiono y digo:
Para cobrar las contribuciones de los menos acomodados hay que andar á tiros.
Para hilas y trapos de las Casas de socorro hay que apelar á la caridad.

Para los asilos de Beneficencia se necesita imponer una contribución al ciudadano que, sosteniendo los museos con su dinero, tenga un día el antojo de visitarlos.
Para redimir á los quintos de Madrid hay que pedir limosna.
Pues señor, España será un país rico, pero ¿quién tiene la riqueza, si todos pedimos?

Segun *La Epoca*, la aristocracia y la banca de Valencia ni han facilitado carruajes para la recepción del rey ni han puesto colgaduras ni iluminaciones.
Un día de estos añadirá el mismo periódico que la aristocracia y la banca son los más firmes apoyos de las instituciones.

A nueve millones veinte mil seiscientos duros asciende lo que en el solo mes de agosto ha disminuido la deuda de los Estados-Unidos.
Pero ¡vaya una gracia! También carecen de rey, de patriarcas de las Indias, de obispos de Micomicón, de seiscientos generales, de tribunal de la Rota y de lo que más embellece, alienta y fecunda nuestra existencia nacional.

El presidente del ministerio turco ha muerto.
Si antes hubiese pedido la bendición al papa, ¡qué disgusto para su familia! ¡y qué escándalo en su país!

Dice un periódico que en el último sorteo del mes de agosto se cobró el premio de 80.000 pesetas en la Coruña, tocándole un décimo á un comerciante de paños y otro á un americano.
Que es como si hubiese dicho: el uno era rubio y el otro soltero.

El día 6 estuvieron á punto de cometer una necedad los internacionales.
Iban á celebrar, engañados, la fiesta de San Petróleo, y á última hora averiguaron que no era más que San Petronio.
¿Cómo no han dicho nada de ello los periódicos de orden?

En vista de la actitud del partido republicano, dice *La Epoca* que, ó nos engañamos mucho, ó nos engaña el gobierno.
Podría ser: hasta podría ser que el único engañado fuese *La Epoca*.
Se han dado casos.

Me ha gustado.
Dice *La España Radical* que se prendió á un individuo, se le llevó al Saladero, se le pusieron esposas, se le llevó á Zaragoza y allí se le puso en libertad, satisfaciéndole con decirle que le habían creído indocumentado y pobre de solemnidad.
De modo que cualquiera puede soltar un garrote al primer transeúnte y ganarse la impunidad diciéndole: Perdona Vd., crea que era Vd. afilador de navajas. Porque el mismo derecho tiene la autoridad para lo primero, que yo para lo segundo.

Unos cuatro millones de reales anuales dicen que sacaba Roma de España por medio de la agencia de preces.
Y entre tanto España iba pidiendo limosna, y no siempre se la daban.

A propósito: se desea adquirir en esta redacción alguna noticia referente al clero ó á Roma que no sea noticia de dinero.
A ver si parece una siquiera.

Se ha hecho correr el falso rumor de que el papa iba á contraer un empréstito.
Es falso: el papa no toma prestado. Dinero que cae en sus manos, no hay noticia de que vuelva á aparecer.
En la tierra, se entiende; ¡que en el cielo paga á un interés enorme!

Dice un colega que la señora duquesa de Prim ha sido recibida en Bilbao con todos los honores debidos á su jerarquía.
¡Ah! ¡Con que en la monarquía democrática se deben honores á las duquesas!
¡Hombre, podía Vd. avisar antes!

En otros países, la policía avisa al público de ciertos peligros de que debe precaverse.
Hemos observado que en España nos gusta más que suceda al revés.
A cada paso los periódicos avisan á la policía los sitios que debe vigilar y los escándalos á que debe poner coto.
Y despues la policía es la que cobra.

Los Borbones se han reconciliado.
Así dicen los que todo lo saben.
Con tal motivo, *El Tiempo* anuncia para dentro de poco un cataclismo.
Sí. ¡Fíese Vd. en reconciliaciones de reyes y en cataclismos!

ADMIRABLE Y NUEVO DESCUBRIMIENTO.

El del «Aceite de bellotas con sávia de coco equatorial privilegiado,» extraído al vapor para lustrar, hermosear, nutrir y reproducir los cabellos, ocultar y precaver las canas, limpiar, refrescar el cráneo, despejar el cerebro, afirmar la memoria, extinguir, precaver las erupciones epidérmicas; señala una de las épocas más notables del siglo XIX. En Europa, Asia, Africa, América y la Oceanía lo han acogido con entusiasmo todas las clases de la sociedad, postergando las pomadas, aguas y aceites de la perfumería, por desastrosas á la salud y á la cabellera. Se vende á 6, 12 y 18 rs. frasco, con mi nombre en el vidrio, capsula, prospecto y busto en la etiqueta, por haber groseros falsificadores.
Calle de las Tres Cruces 4, Madrid.—El inventor, L. de Brea y Moreno, proveedor de todo el globo en general y de varios monarcas y jefes de Estado en particular.
NOTA.—Vendemos el «Café de bellotas higiénico,» á 12 rs. libra. Agua del Parnaso de 37 grados, muy superior á la de Colonia, Botsch, Florida, Carmelitas y tintura de arnica, á 8 rs. frasco.
Por mayor, 25 por 100 de descuento.
Habana, A. Espinosa, Muralla, 10, y A. Graupera, Obispo, 36, y en 2.500 farmacias, droguerías y perfumerías de todo el Atlas.

MADRID: 1871.

IMPRENTA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CABEZA, 27.